

LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



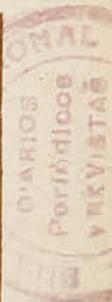
CLEO MADISON

Protagonista de la serial «El Misterio del Radium»

Año III :: Núm. 137

Diciembre 16 de 1920

Precio: 60 centavos





¡Pobres mujeres!

Para Ilma Bey.

¿Desea que reanudemos nuestra correspondencia?

Con mucho gusto. ¿De qué quiere que hablemos?

Pues, si a Ud. le parece, podemos mariposar un poco, es decir, hablar un poco de todo.

Un amigo mío, que se tiene por gran tenorio y por muy conocedor de las mujeres, dice que él ha notado que lo que a Uds. más les gusta, en materia de conversaciones, son las charlas ligeras, que saltan de un tema a otro y cambian de colores como el iris. Yo creo que mi amigo tiene razón. Pocas mujeres son las que pueden interesarse más de cinco minutos en alguna cosa y, sobre todo, pocas son las que pueden hacer un esfuerzo de atención suficiente para no cambiar diez veces de tema en el curso de una conversación. Los hombres, que las han tenido dominadas y esclavizadas durante cuarenta siglos, son los que las han hecho frívolas e insustanciales. Nunca esos señores han querido hacer a la mujer el honor de tomarla en serio y de hablarle seriamente de algo.

Pobres mujeres, tan mal que los hombres las han tratado y tanto que les deben. Cuando nacemos, es una mujer la que nos lleva en su regazo, la que nos amamanta, la que nos da la vida; cuando llegamos a ser hombres, es una mujer la que nos da sus labios, la que nos da el amor, la que nos hace fuertes; y cuando somos ya viejos y caemos postrados en el lecho del dolor, es siempre una mujer, nuestra madre, nuestra esposa, nuestra hija o nuestra hermana, la que endulza nuestras penas, la que enjuga nuestras lágrimas, la que cura nuestras heridas, la que nos da consuelo, cariño y esperanza. Y nosotros ¿qué hemos hecho por ellas? Solo damos dolores, angustias y quebrantos a nuestra madre, crueldades y durezas a nuestra esposa y menosprecio a nuestras hermanas y a nuestras hijas. Siempre, para no-

sotros los hombres, la mujer es el ser que no vale nada o vale poco. Padres conocemos todos que, al tener un hijo, manifiestan su descontento o su desilusión cuando la que nace es una niña y no un varón. ¡Pobres mujeres!

Convengamos, mi estimada amiga, en que los hombres somos muy injustos y hasta cierto punto muy inconsecuentes. Tenemos a nuestro lado una viejita venerable, que nos ha dado su leche y lo mejor de su vida y que nos ha llevado de la mano por el mundo hasta que somos hombres; tenemos a nuestro lado a una joven, bella como las flores, que es para nosotros el ideal supremo, la aspiración suprema de la existencia; tenemos a nuestro lado a una mujer que nos ha dado su amor, su juventud, sus gracias, su ser todo: madre, novia, esposa, la mujer está en el oriente, en el cenit y en el ocaso de nuestra vida: ella nos trae al mundo, ella nos da el amor, ella es nuestra compañera en la vejez, ella nos cierra los ojos al morir ¡y nosotros despreciamos profundamente a la mujer! ¿No acusa esto una ciega ingratitud? ¿No revela esto también una ciega inconsciencia?

Yo creo que si los hombres meditaran un poco en lo que son las mujeres y en lo que representan para ellos, las tratarían con más justicia y se cuidarían más de mejorar sus condiciones materiales, morales e intelectuales. Con que cada uno de nosotros tuviese siempre presente a su propia madre, seríamos respetuosos y benévolos para con las mujeres ancianas que pasan a nuestro lado y que son, ellas también, madres abnegadas que tienen hijos que las respetan y veneran. El sólo recuerdo de nuestra madre debería bastar también para que respetásemos siempre a todas las mujeres jóvenes, que, aparte de su gracia y su belleza, son hijas adoradas de padres que han puesto en ellas su mejor cariño. ¿Con qué derecho iríamos a causar un dolor a la madre de esas criaturas?

Ahora, si los hombres pensaran más todavía, si la vida febril que llevan o si su indiferencia e insustancialidad no les impidiesen ahondar un poco en estas cosas ¿cómo no habrían de ver en cada mujer joven que pasa, a una verdadera sacerdotisa de la vida? Ella lleva en sus entrañas, en su corazón, en su cerebro, las fuerzas del mañana. De ella brotarán la vida nueva, los nuevos hom-

bres, la humanidad futura. De lo que ella sea, de los tesoros de bondad, de inteligencia y de salud que junte, dependerán la bondad, la inteligencia y la salud de los seres que vendrán. No seamos egoístas. O mejor, comprendamos bien nuestro propio interés. Porque esos hombres y esas mujeres que nacerán en el futuro y que nos parecen hasta cierto punto indiferentes y como extraños a nosotros, son los seres con los que habrán de vivir, en otras generaciones, nuestros propios hijos y los hijos de nuestros hijos y con los que acaso mezclarán su sangre y su vida. Cuidemos, pues, y respetemos a sus madres.

Si los hombres no fuéramos tan duros y egoístas, o mejor, si no tuviéramos una vista tan limitada que nos impide ver nuestra verdadera conveniencia, seríamos sin duda respetuosos y justos con las mujeres y trabajaríamos por mejorar su condición. Ellas son frívolas, porque así las hemos hecho; son vanas, porque solo les hemos pedido coquetería y apariencia; son insustanciales, porque no las hemos educado, porque nos hemos servido de ellas como de bestias de carga; son incapaces de pensar profunda y continuamente, porque nunca las hemos tomado en serio, porque las hemos tratado como a niños. Cambiemos nuestra actitud para con ellas, y ellas cambiarán. Miremos en cada anciana a una madre, en cada niña a una hija, en cada mujer a una hermana, y elevemos y mejoremos su condición social. Veremos entonces como la mujer se eleva y se hace digna.

Yo he soñado muchas veces con una sociedad, mejor organizada que la nuestra, en la que la vida sea menos difícil y en la que la mujer esté libre de los cuidados de su subsistencia y de la de sus hijos. En una sociedad así, sería ella, por la fuerza de las cosas, la depositaria del arte y del pensamiento. Y qué hermosa sociedad sería, ya que, no hay que desconocerlo, las sociedades, así como ellas modelan a sus mujeres, se modelan ellas también, por contra golpe, según sus propias mujeres. Enaltecer a la mujer, formarla, elevarla, es enaltecer, formar y elevar la sociedad.

Ah, mi querida amiga, perdóneme que no haya seguido los consejos de mi amigo tenorio y que le haya hablado de una sola y misma cosa, bastante sería, además, desde el principio hasta el fin. Esto le indicará

que la tengo a Ud. en un concepto muy distinto de aquel en que mi amigo tiene en general a las mujeres.

Y perdone también que haya dejado ver tan adentro en mi pensamiento en lo que respecta a la idea que tengo de la mujer. Mi amigo dice, y tal vez con razón, que a las mujeres no les agradan los hombres que piensan demasiado y que ahondan mucho las cosas. A esos hombres les temen, y en su frivolidad, prefieren los hombres superficiales, que sólo se ocupan de ver en ellas las apariencias y que son incapaces de juzgarlas. Espero que Ud., después de esta conversación, no habrá de mirarme con temor. Si tengo a veces algo de juez, le aseguro que soy un juez muy benévolo y excesivamente parcial en favor de las bellas personitas como Ud.: litigando ante mi tribunal, las mujeres tienen siempre ganada su causa de antemano.

Su amigo que la aprecia y nunca la olvida, a pesar de lo ingrata que Ud. se porta con él.

Scout.



MIA MAY

notable artista alemana, protagonista de la gran película
«Veritas Vincit»